

LA DANZA DE LOS CERDOS

Guadalupe Cruz

Charlie es Jesucristo y yo maté a Sharon Tate. Él me llamaba Sexy Sadie y yo acudía a lavarle los pies con mi cabello. No por lamerle la barba, no por hacerme su amante, sino por el simple hecho de adorarlo. Sus palabras eran órdenes que debía acatar y, desde el Valle de la Muerte, emprendimos la cuesta de la Carretera del Cielo como en mandato divino. Una línea blanca subió por la fosa de mi nariz y alcanzó mi cerebro, luego un cartón bajo la lengua se disolvió, escupí el resto.

Ráfagas de verde y gris pasaban rápidas por las ventanas del auto y, mientras avanzábamos cuesta arriba por Bell Air, imaginé una línea de cerdos con collares de perlas y diamantes postrados frente a mí para ser apedreados. Nadie está libre de culpa y menos ellos. Charlie dice que somos la salvación y que deben sacrificarse muchos por los pocos que seremos salvados (redimidos) por él, mi Mesías.

Crucé la calle junto con Katie y Linda, saltamos la verja. Un auto se acercó. Me escondí. Tex descargó cuatro balazos y regresó con el revolver y la orden:

—Entren a la casa y mátenlos a todos.

Una danza de sogas, manos, tela y cuerpos. Maniqués de niños bonitos a los que les habían insertado una grabadora que recitaba:

¿Quién eres?

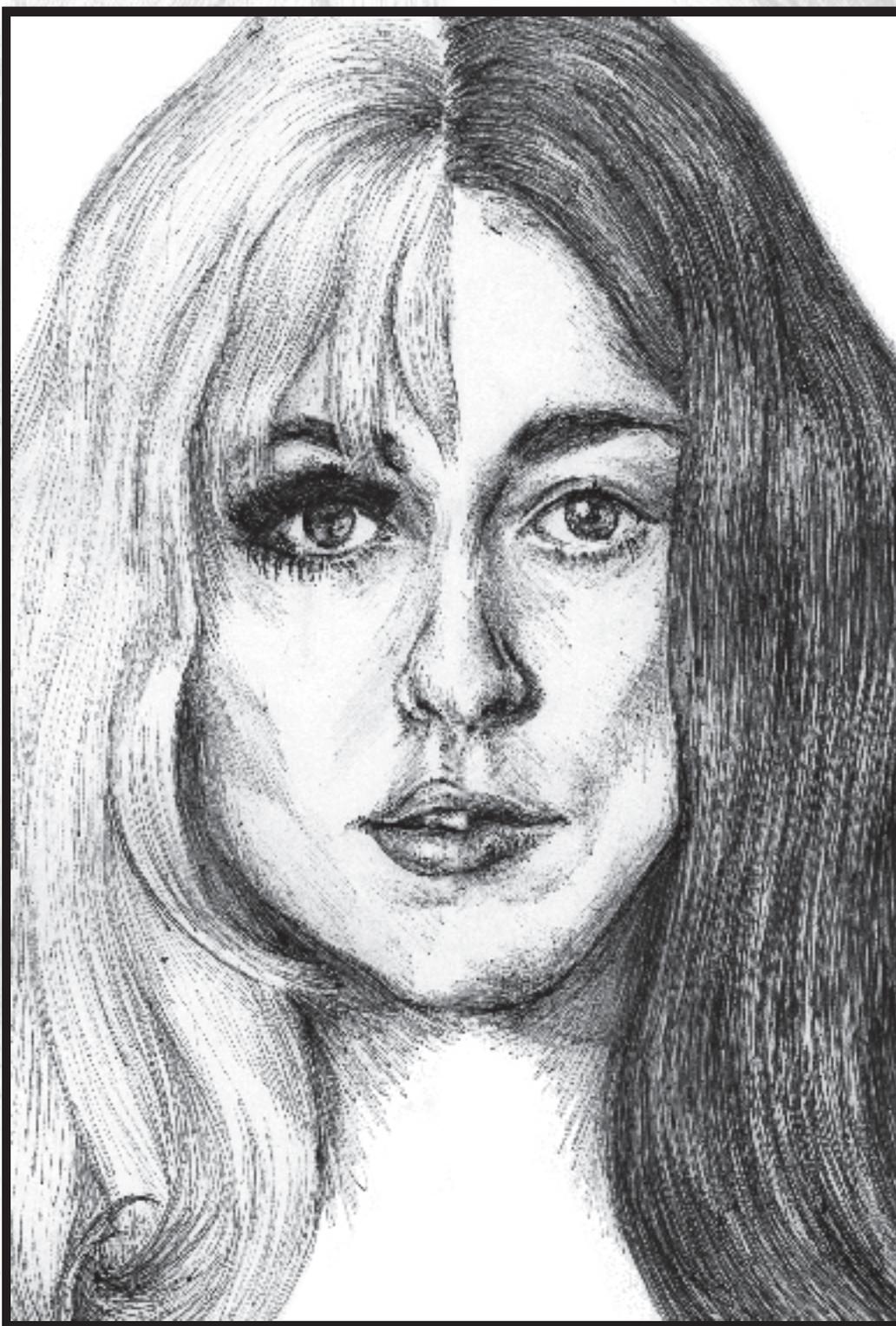
Soy el Arcángel Gabriel y vengo a hacer mi trabajo

Eres

Arcángel

Mi Trabajo

El primero, el que estaba acostado en el sillón, el puerco con pantalones a rayas blancas y azules, chillaba tan agudo que daba miedo. Tex me dijo "este es el matadero, el rastro y ya sabes qué hacer". Atadas las



manitas, levanté el cuchillo en el aire. El marrano chilló.

—Esto no es trabajo de mujeres, ve por Sharon Tate o siéntate y observa.

Tex me relevó con el primero, pero me guié por el olor y el instinto para encontrar mi blanco perfecto. Si lo pienso, me doy cuenta que no somos tan distintas después de todo. Ella era como una musa para su cineasta, una bonita Venus vestida de seda con un bulto prominente en la barriga; yo, yo deseaba ser Yoko para Charlie, la artista, su musa, su mujer.

Aun con su cara asustada, el maniquí que respondía al nombre de Sharon se veía tal como en las películas y su vida en la farándula, tan perfectamente blanda; sinuosa y marfileña. Con los cabellos dorados y esa carita de muñeca pintada a mano. Sus niveas manos protegían al lechón no-nato.

Ella no chillaba.

Habló y yo la escuché

Distante

Lejana

La sogas al cuello, apretada.

—Quiero vivir, quiero tener a mi hijo.

Poco a poco, el cuerpo era perforado por una aguja. Con la sangre,

se le escapaba la vida en mis manos hasta que terminó en el suelo, aún chillando, aún interponiendo las patas, aún implorando. Dejó de moverse. Mostraba un rictus de espanto desde la cintura para arriba, con el brazo cruzado sobre los ojos; del vientre para abajo, el bulto de ocho meses era protegido inútilmente por la mano materna que cubría las heridas tratando de impedir el escape a un producto que no llegó a existir.

No

No siento lástima por ti.

Charlie es Jesucristo y yo maté a Sharon Tate.

Como toda mujer fatal, Lammadame tiende hacia la bipolaridad.

Una de sus dos caras es amable con el lector: lo invita a emborracharse con su poesía y a admirar sus ilustraciones; basta con abrir sus páginas para tenerla contenta.

La otra parte de su alma no se muestra tan seguido; se trata de un temperamento desquiciado, con sus márgenes despeinados y con sus ensayos tan extrañamente lógicos. Y sin embargo, es en esa inestabilidad donde reside su encanto, en esa manera de matarnos con un cuento y resucitarnos con el siguiente, en ese beso que saluda y despidе.

Hoy se lo advertimos, lector: tiene usted entre sus manos a una mujer desquiciada.

Juan Rivera

lammadame.blogspot.mx



COLECTIVO LAMBDA

El Releña

Editor
Misael Carbajal

Arte
Lorena Macouzet
Arsenal Fan
Raúl Aguayo

Teatro
Abdul C. Bornio
Rodrigo Cuellar

Blog
Guadalupe Cruz

Twitter
Schlomo Cabrera

Dirección de arte e ilustraciones
Luciana Calderón Mazzotti

Poesía
Alejandra Valverde
Juan Pablo Tovar
Luna Beltrán

Narrativa
Abraham Domínguez
Juan Rivera

Facebook
Andrea Calderón

colectivo_lambda@hotmail.com

Virginia Woolf, mi inseparable

Abraham Miguel

La primera vez que supe de la existencia de Virginia Woolf me encontraba en segundo año de preparatoria. Un trastorno de ansiedad me miraba desde la esquina de mi cama y mi gusto literario, por ese entonces, se pegaba más a lo gótico, medieval y a *best sellers* de moda. Lo único que había leído de siglo XX, por encargo de mi obsesiva y negrera maestra de literatura había sido Herman Hesse, Simone de Beauvoir y Kafka. *Demian* y *La metamorfosis* fueron libros parteaguas en mi vida, como en la de muchos. No fue hasta que, en una salida con amigos, nos organizamos para ir a ver la película de *Las Horas*, de Michael Cunningham, que descubrí una parte del mundo de Virginia. En la televisión yo ya había visto algunas escenas y entendía que se trataba de una especie de *thriller* con saltos en el tiempo. Tal vez de fantasmas. En su afán comercial, la película se vendía de esa forma. No sospechaba que esa proyección cambiaría mi vida para siempre.

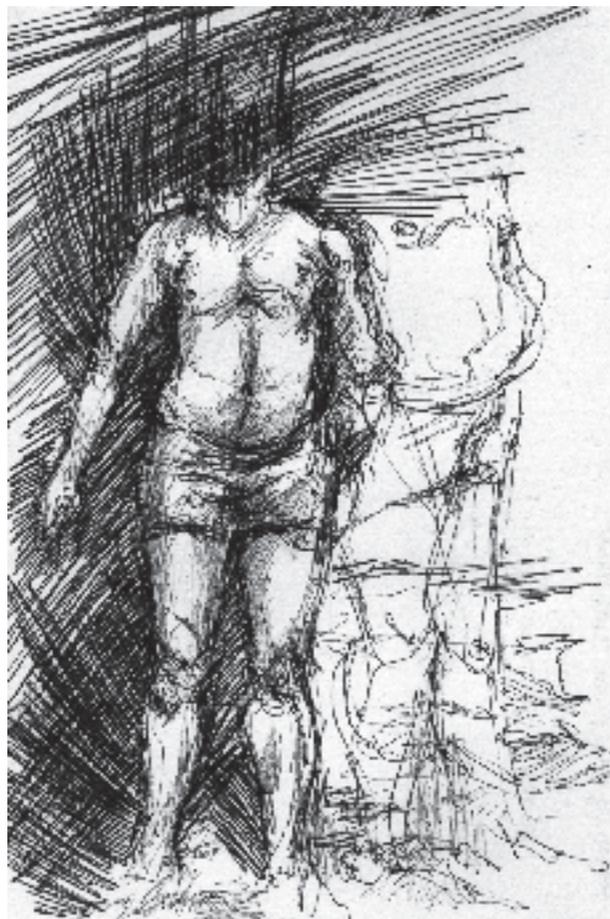
Cuando terminó, yo era otro. ¿Quién era esa mujer que expresaba lo que yo sentía? Tan sólo llegué a casa, busque información sobre ella. Supe que padecía de bipolaridad y de depresiones grandísimas. También que había escrito muchísimos libros y que su vida la había dejado registrada en unos inmensos diarios. Al día siguiente, yo solo, me dirigí a una librería del centro de la ciudad y pregunté por un ejemplar de *La señora Dalloway*. Por mi edad y desconocimiento, pensaba que no tendrían ninguno. Inmediatamente después, la chica que atendía me trajo un ejemplar económico con una pintura en la portada.

Quedé deslumbrado. Los personajes hacían cosas normales, sin embargo, en su mente, en su interior, vivían verdaderos infiernos. No pude sentirme más identificado. Aquel año un tío mío moría de SIDA y todo se me presentaba amenazante e incomprensible, amén de que la ansiedad hacía sus primeros estragos en mí. La novela expresaba lo que yo sentía y desde ese momento le declaré mi amor para siempre. Al libro y a Virginia.

Después conseguí una edición barata de *Al faro*. Creo que fue después de su lectura que empecé a escribir, queriendo imitar su estilo descriptivo y lleno de imágenes sublimes.

Pasaron los años y eso no evitó que año con año leyer a Virginia Woolf. Cuando mis problemas de ansiedad y depresión comenzaron a surgir, corría a leer sus libros y sus diarios. Siempre me revelaban, me hacían sentir acompañado. Veía el esfuerzo tan grande que le ponía a la vida, día con día. Me gustaba pensar que yo hacía lo mismo.

La lectura de *Orlando* y de *Las olas* abrió mi visión del mundo. El primero, a manera de un cuento de hadas. *Las olas*, su libro más oscuro, es un gran poema a la vida y a la muerte, en donde seis monólogos interiores narran la historia. *La señora Dalloway* y *Las olas* son dos novelas que releo todos los años.



Ella y sus libros han estado conmigo en momentos claves de mi vida, en mis triunfos y derrotas, en los momentos más felices y más tristes. Se han convertido en mis amigos inseparables. Puedo confiar en ellos, en sus respuestas, en sus páginas. ¿Cómo no enamorarse de una escritora que ha descubierto un mundo tan complejo pero tan cercano a nosotros y que lo ha dejado para la posteridad? Recuerdo que un día desperté en un estado ansioso acompañado de una descomunal tristeza. La vida, los compromisos, el trabajo y mi pareja me ponían mal. El amor nos avienta en ese estado, a veces. No había pastilla que me tranquilizara. Tomé mi viejo ejemplar de *La señora Dalloway* y lo abrí en un pasaje que tengo subrayado: un personaje encuentra la belleza en el movimiento de la calle. Mi mundo se compuso.

La locura y la depresión fueron temas que la acorralaron durante toda su vida. Escuchaba voces y a los pájaros cantar en griego. Sin embargo, ella siempre salía a flote, empeñada en escribir y en seguir viviendo. Yo sufro de depresiones moderadas constantes y de una ansiedad que me visita sin falta, de ahí que siempre lea sobre personajes que han sufrido algo parecido. Virginia me inspira, me consuela.

Tiziano Tanucci - *Las huestes del cielo*

Juan Rivera

Las leyes newtonianas, el amor verdadero y las buenas historias comparten una característica fundamental: el surgimiento espontáneo. No hay más a quién culpar que a la casualidad cuando se habla de la manzana sobre la cabeza del científico inglés, cuando dos personas se cruzan en la vida y cuando una historia florece en la cabeza de algún escritor. Así explica Tiziano Tanucci el origen de su más célebre novela, *Las huestes del cielo*.

Desde el inicio, el libro implanta en el lector la impresión de no haber sido escrito con pluma, sino con dados. La limpia prosa y avance veloz de las páginas logran envolver a cualquiera, por más lejos que uno se encuentre de los temas manejados en la obra.

A pesar de que la presencia cruda de las balas y la sangre es inevitable, la Primera Guerra Mundial se infiltra en el ambiente de manera casi discreta, como si la trama no estuviera dispuesta a estar bajo el velo del clímax bélico. La novela nos presenta a dos personajes: un general que desconfía de las nuevas tecnologías y un joven que jamás ha sostenido un arma. El destino —siempre azaroso, siempre impredecible— se encargará de su inevitable encuentro, los hará pelear en la misma trinchera e incluso los obligará a necesitarse el uno al otro.

En esta aventura se confrontan los telégrafos y las palomas mensajeras en la Primera Guerra Mundial; se lleva a cabo la mejor carrera de un legendario hipódromo; aparece un muchacho que prefiere dibujar batallas antes que disparar en ellas; se imparten clases acerca de la gravitación universal entre las tropas inglesas; un general les escribe poemas a enfermeras imaginarias; un francés narra el partido de fútbol entre soldados enemigos en la noche de Navidad; se enamoran dos extraños.

Tiziano Tanucci nos demuestra que, como el amor y la física, la literatura puede alcanzar altos niveles de explosividad: basta con ocupar los líquidos, besos y comas necesarios en la ecuación. Y los párrafos están dosificados así, con un gotero delicado, con una poesía que no debilita la narrativa, con una magia que tatúa oraciones completas en las pestañas del lector.

Habrà quien, al cabo de *Las huestes del cielo*, intente explicarse el proceso de creación en que fue escrito este trabajo y al que se sometió el autor; lo más probable es que termine por concluir, como es ya sabido, que la literatura es materia de locos. Sin embargo, la respuesta es muy simple y se encuentra en los apuntes aristotélicos: el surgimiento espontáneo. Para la elaboración de una obra literaria como ésta se requiere colocar en un rincón oscuro y húmedo tres ingredientes elementales: talento, azar y un desquiciado que conozca el abecedario.

La locura y el arte

Lorena Macouzet

Sabemos que existe la locura en el arte, ya sea de forma verdadera o falsa, impuesta y sin fundamentos o categóricamente necesaria para que el arte sea posible. Repetidas veces se evoca a la locura como factor de las pulsiones creativas del artista. Intuimos que, de algún modo extraño, la locura se filtra en los ámbitos de la razón e inclusive se relaciona a la locura con la genialidad.

A pesar de las nociones abstractas y los límites borrosos que la frase “la locura en el arte” nos permite pensar o incluso sospechar, siempre volvemos a la pregunta fundamental ¿qué es la locura en el arte?, y si es, ¿cómo existe?

En primer lugar, el arte por sí mismo implica al artista, al proceso creativo y a la obra. Por lo tanto, la locura tiene la posibilidad de manifestarse simultáneamente en las tres categorías, de forma alternada o independiente. Supongamos que la locura se desarrolla en un artista, ya sea por episodios traumáticos en su vida o cuestiones fisiológicas que detonan su estado; de acuerdo con el psicoanálisis, si el artista sigue produciendo, su proceso creativo mostrará signos de anormalidad y desequilibrio mental como psicosis, esquizofrenia o temperamentos neuróticos, excéntricos y obsesivos. El resultado en su obra es impredecible, pero refleja la desestabilidad, lo que está fuera o más allá de la razón, entendido esto en el sentido más amplio de lo irracional.

La locura también se manifiesta de forma independiente en el artista, en el proceso creativo y en la obra. Existen muchos ejemplos de artistas que enfocan su producción o parte de ella a la representación y manifestación de la demencia, por ejemplo: el artista venezolano Javier Téllez produjo obra a partir de la interacción con personas que son sometidas a tratamiento en un psiquiátrico; Goya, en su pintura *El Manicomio*, representó al mismo manicomio y sus habitantes en donde él estuvo encerrado. El arte no sólo se ha encargado de representar al portador de la enfermedad psicológica, sino también a las diferentes facetas del estado alterado de la razón.

La locura simplemente puede ser la exaltación de lo emocional, lo cual provoca sintetizar la noción de demencia en el arte como el acto superior a la conciencia, nos permite posicionarla en la vida cotidiana, en continuidad con el orden social, capaz de afectar el sistema de signos y prohibiciones del mundo de los cuerdos¹, mundo que se pone en duda porque la cordura absoluta sería, en sí, locura².

Entonces, la locura en el arte va más allá del diagnóstico psiquiátrico: se extiende a terrenos que abarcan mucho más de lo entendido por el término “enfermedad mental” y por esto es posible afirmar que el concepto de locura no siempre ha sido el mismo a lo largo de la historia.

Comenzando en orden cronológico, la concepción de la locura en la antigüedad clásica puede ser explicada a partir de Platón, quien propuso la división de locura creativa y locura clínica. Respecto a la primera, Platón refiere como locura divina al deseo emergido a raíz de la verdadera belleza y que impulsa la creación artística.

En el Medievo, la locura aludía a lo prohibido, a lo infernal, a la rebeldía y a la ignorancia. Por otro lado, existen obras y artistas medievales

que específicamente se enfocan en la locura, como Bruegel el Viejo y El Bosco, con las que se creó un imaginario de caos y sufrimiento que confronta lo prohibido y atribuye a la locura como libertad.

Volviendo a la dicotomía que postuló Platón, la locura clínica se refiere al padecimiento y a la melancolía (definida como la enfermedad de la bilis negra, que nubla la cordura y deriva en depresión, suicidio o genialidad). En el Renacimiento, los conceptos clásicos se retoman y la melancolía toma papel principal en la definición del artista loco; a partir de entonces y hasta el siglo XIX, la comprensión de la locura será heterogénea porque, en el siglo XIX, específicamente en el caso del Romanticismo, es cuando el artista loco se convierte en el artista genial que desdeña a la razón para exacerbar su sentir. El arte inmerso en la locura, por un lado, se entiende como la representación y, por el otro, como la personificación.

Por último, la locura en el siglo XX tiene una larga trayectoria clínica. En el ámbito del arte, la biografía del artista es determinante en el análisis psicológico a partir de lo plasmado en su obra. Freud, Wittgenstein, Kraus, Loos, Kokoschka, Schiele explorarán en ámbitos del lenguaje plástico y los oscuros sedimentos que habitan en la psique³.

Así que comprobar científicamente que la locura existe en el arte es una tarea imposible y seguramente un estudio sin sentido. Sin embargo, y a manera de reflexión personal, afirmo que la locura y el arte coexisten y coinciden en diversos ámbitos. Delimitar y tratar de encasillar una sola forma de manifestación de la locura en el arte deja fuera variadas formas de relación y análisis que enriquecen el conocimiento y diálogo de ideas.

Dejo abierta la opinión y propongo el diálogo preguntando: ¿la locura es un factor indispensable para la creación artística?, tomando en cuenta que el proceso creativo implica la desintegración del yo. O ¿en realidad son independientes y el arte no necesita de la otra para existir?



Ilustración basada en la obra de Jean Dubuffet

- 1 Cuauhtémoc Medina, *El terreno de la locura*, Revista Pinto mi Raya, 2ª Febrero 2004
- 2 Teresa del Conde, *Arte y locura*, Revista Art Nexus, no. 16, 1995
- 3 Victoria Quirosa García, *Acercamiento a la representación plástica de la locura en Occidente*, Revista de Humanidades y Ciencia Sociales

Art Brut

Vania García Escárzaga

Cartelera

Perla Acevedo

Feria de las culturas amigas

25 de mayo al 9 de junio.
13:00 horas en adelante.
Paseo de la Reforma, desde la calle de Lieja hasta la Avenida de los Insurgentes. Los países darán muestra de sus atractivos culturales, artísticos y gastronómicos.

Alfonso Mena

8 de Mayo - 8 de Septiembre.
Museo de Arte Moderno.
La exposición Seducción tiene como base y fundamento las exploraciones del tema Lenguaje, su composición y reorientación a partir de la pintura abstracta de Alfonso Mena Pacheco.

Inauguración de la exposición Carlos Fuentes: Él mismo

Palacio de Bellas Artes 19 de mayo.
Exposición en la que los asistentes podrán apreciar parte de su obra, fotografías, así como disfrutar de una entrevista y de un documental.

Cómic-Arte Irreverencias, angustias y fantasías

Hasta el domingo 21 de Julio.
Galería Helen Escobedo.
Exposición retrospectiva que revisa la obra de Zalathiel Vargas.
Muestra de dibujo y pintura en la que el artista utiliza recursos formales provenientes de la historieta y el cómic para reflexionar, con humor e ironía, sobre la vida del hombre en la modernidad tecnológica.

El término *art brut* fue utilizado por primera vez en 1945 por el pintor francés Jean Dubuffet. Estaba inspirado, por una parte, en el libro *Artistry of the Mentally Ill* (1922), escrito por el psiquiatra Hans Prinzhorn en el que se trataba de analizar psicológica y estéticamente las obras de arte de diez pacientes con enfermedades mentales; y por otra parte, en un viaje hecho a Suiza donde Dubuffet recorrió varios hospitales mentales en busca de obras hechas por sus pacientes.

Según el manifiesto *L'art brut préféré aux arts culturels*, escrito por el propio Dubuffet, el art brut se refiere no solo a la producción hecha por pacientes de hospitales mentales, aunque fueran los más conocidos, sino a las obras de arte ejecutadas por personas libres de la cultura artística. Es por esto que los autores de estas obras no se inspirarían en el imaginario del arte clásico ni en la moda, sino que la obra sería resultado de sus propios impulsos y de su libertad para elegir los materiales, tema, técnica, modo de expresión, etcétera. Este sería un arte puro, reinventado, bruto.

Dos años después de que fuera acuñado el término, se llevo a cabo en París la primera exposición de *art brut*, mientras que al año siguiente, 1948, Jean Dubuffet, junto con personajes como André Breton o el crítico Michel Tapié, crean una asociación que se dedicaría a la búsqueda, documentación y exhibición de este tipo de arte. El propio Dubuffet sería un gran coleccionista de *art brut*: obras de convictos, como el prisionero de Bâle, o reclusos en hospitales mentales, como Jakob Wölflí o Aloise Corbaz. Esta colección fue donada en 1971 por el pintor francés a la ciudad suiza de Lausana, donde hasta hoy en día puede ser visitada.

Al borde del equilibrio

Abdul C. Bornio



Comúnmente, los días alcanzan un punto en el que suelo preguntarme: “¿Abdul, te tomaste la pastilla?” A veces, porque comienzo a sentirme mal y a veces cuando me siento demasiado bien. Mi estado de salud, mi estado anímico, mi realidad entera gira en torno a un ~~hoyo negro~~ sol que no mide ni media pulgada; a ese tamaño se ha reducido mi cerebro igualmente. Hay ocasiones en las que tengo que frenar para aclararme qué porcentaje de lo que percibo es real, cuánto de lo que pienso ha surgido de mi propia mente y en qué grado mi sentir es producto de la enfermedad (o de la cura). Y es que lo que tengo no es una gripa cualquiera. Para tomarlo con humor, dicen en casa que estoy “bien malito de mi cabecita”. Yo me río porque, al fin y al cabo, si por algo estoy haciendo todo esto es por ellos. Hace mucho que no combato por mi propia salvación.

Si lo comento a alguien o cuando alguna persona llega a enterarse, la reacción general suele ser la misma: “Pero, cómo, si tú siempre eres tan... digo, jamás lo hubiese imaginado!” Yo tampoco imaginaba, cuando todo comenzó, que de esta forma acabaría, sin final aún. Chochos, vapores, gotas, agujas, terapia de choque, intentos fallidos... cuando me dijeron que dejase de ~~hacerme pendejo~~ auto-engañarme y aceptase que el tratamiento debía ser un bastante más clínico, el mundo se me vino abajo. Mamá intentó hacerme ver que más bien debería sentirme afortunado por “vivir en una época en la que todo puede tratarse y tener remedio, natural o artificialmente”. ¿Remedio? Aún no supero del todo la idea de que quizá el caldo esté saliendo más caro que las... zanahorias.

No crea que soy ingrato, claro que ya es bastante despertar sin llanto ni maldiciendo la luz del día, o haber dejado de querer escupirle al tipo dentro del espejo pero al menos la puerta falsa prometía llevar a algún lugar. Una meta, un lugar abierto donde pudiese al fin ~~dejar de~~ respirar tranquilamente. Ahora, camino más allá de los peldaños que vislumbraba en mi escalera sin saber a dónde voy. Nunca sé qué estoy haciendo, ni si dará resultado. Todo va bien y eso es lo que me da miedo, porque ya todo ha estado ~~muy pinche de la verga~~ tan mal que no puedo librarme de la sensación de que en cualquier momento podría volver a ello. Es como si soñase que tengo una pesadilla y por la mañana ya no lograrse distinguir de cuál de las dos partes desperté.

A diferencia del resto, yo no vivo en pos de la felicidad sino en función de seguir viviendo. No pido más porque he pasado suficientes días sumido en la miseria interior como para darme cuenta de que, sea como sea, uno siempre puede seguir ~~estando cada vez más jodido, rogando tocar fondo~~. Cuando el equilibrio de mi sanidad mental era una montaña rusa, cada mejoría resultaba tan prometedora como irreal, de la misma forma que mis propuestas eran drásticas pero consoladoras. Hoy, como resultado, todo es tan perfecto que no hay nada que no resulte un esfuerzo colosal por mantenerlo así. Estoy cuidándome de no quebrar la vajilla cuando lo que ya no tenía era hambre. Lo único que en verdad me trauma es no entender cómo fue que terminé así. Después de los ~~huesos~~ kilos que le eché a escribir el punto final, por qué ahora no puedo dejar de poner coma tras coma. ¿En verdad todo está bien? ¿Este es el ~~puto~~ maravilloso remedio prometido?

Siento que sólo estoy usando un par de gruesos anteojos rosados que me ayudan a ~~engañarme para que no me dé cuenta de que el mundo sigue siendo una mierda inmundable~~ ver las cosas de mejor manera. Pasaré el resto de mis horas pintando sonrisas sobre mis labios mordidos en la incertidumbre de que cualquier aspecto positivo en mi existencia pueda ser mera obra del lente que distorsiona mi trastornada realidad. Me aterra pensar que termine debiéndole tanto al medicamento que al final no tenga con qué pagarle sino con aquello que me ayudó a salvar. Por lo mientras, sigo siendo uno más de esos locos que ya no pueden conformarse con serlo por voluntad propia. Algo no funciona en mi cabeza y eso ocasiona que a veces ~~todo se vaya a la chingada~~ todo funcione equivocadamente. Heme aquí, soy otro pobrediable que ya no es dueño de sí mismo; *Pzifer* es mi santo, patrono y patrón. “Sólo por hoy” es el mantra que **repiten sin cesar las voces en mi mente**. Soy un enfermo terminal que *no más* no se termina.



La cifra

Raúl Aguayo

Le ocurre siempre, una sola vez en la vida, a todo ser humano que, caminando por la calle o sentado en un bar, se nos acerca una dama vestida de negro, zapatos más altos que nuestros egos y labios rojo cereza que dibujan la imagen fabulosa de una gran amante.

Nos ocurre a todos, una sola vez en la vida, que esta mujer nos entrega en la mano un trozo de papel con una cifra, generalmente muy alta, y nos susurra al oído la razón de dicha cifra.

“Este es el número de veces que has aparecido en una foto ajena sin notarlo, el número de veces que tu cuerpo y alma se han reproducido por el mundo sin tu consentimiento. Ahora, esto es un secreto que debes guardar por siempre; es tu número”.

Se va toda coqueta y misteriosa y nos quedamos con la intriga, con la duda.

Los que deciden escupir el secreto, mueren de infartos y sufren de catalepsia antes de poder decirlo, es por esto que nadie está consciente de la existencia de esta dama.

Abrí mi hoja justo después de verla partir, imaginarla desnuda, tomarse un trago conmigo. Abrí mi hoja justo después.

El papel decía “cero”.

Me quité la vida tres días más tarde, al darme cuenta de que Alberto, mi único amigo en el mundo, sufría de esquizofrenia.





La siguiente alba

Fleur Gauffeny

Abro mis ojos y siento que la brisa besa mi rostro, sin restricciones.

Respiro, percibo el aroma a mi alrededor, y me dejo envolver por sus notas, frescas, dulces y amaderadas: una sinfonía de olores del amanecer.

El rocío humedece mis labios y mejillas, mientras contemplo al cielo coloreando al lago frente al que me encuentro, y el sol arranca destellos a todo lo que toca, a cada forma de vida que siente la maravilla de presenciar semejante espectáculo de la naturaleza.

Escucho el canto de las aves por doquier, y con ellas canta mi espíritu, fascinado, recordando que a la siguiente alba, tu piel regresará como mi alma.

Si se te ocurre volver.

La orquesta bajo el agua

Pablo Arriaga

Desde un inicio supe que sería decepcionante la terapia: faltó el diván. Esa tarde, una brisa cálida y aburrida mecía las copas de los árboles. Las casas, todas lustradas por una suave luz rosa. Pájaros en los cables de teléfono. El consultorio se encuentra en casa de la psicóloga, una mujercita vestida como leñador. Al entrar, pensé cuán redituables son las depresiones ajenas. Fotografías de ella con montañas, glaciares o cascadas de fondo. La taché de lesbiana; un retrato suyo, marido e hijos a su lado, me desmintió. Siempre me desilusiono al no saber detectar lesbianas.

Me gusta recibir cosas gratis. Sobre una mesa, una botella de agua, dulces y pañuelos. Sobre un librero, atento, un gato gris, sus ojos del color de un vaso de jugo de manzana a contraluz. Me hubiera gustado, al terminar la sesión, recibir un grande, merecido regalo, envuelto con papel brillante y un gran moño dorado en la parte superior. Lo de menos hubiera sido el contenido: sólo quería una sorpresa.

Detallé mi malestar: una infelicidad causada por cierta visión lúgubre del futuro, atormentadora del pasado y desanimada del presente. La vida me resulta una larga y desagradable secuencia de yerros. Mientras ella tomaba nota, mi voz parecía sincronizada con el patinaje del lápiz sobre el papel. Incluso, por un momento pensé que usaría mi información para un libro llamado *La vida de un desquiciado*.

Hay algo muy penoso, pero muy liberador, de llorar y sincerarse ante un extraño. Mis frases, corderos recién nacidos, caían torpes y empapadas de llanto. Me sentí extraviado, como en un sueño en el que uno se encuentra en un largo pasillo abriendo puertas, una tras otra, sin jamás cruzar umbrales.

¿Suicidio? ¿Lo has considerado? Retuve unos segundos la respuesta, volviéndola emocionante, como de programa de concursos. Recordé, no sé por qué, una noticia leída días atrás: el suicidio de un actor pornográfico. Algunos lo atribuyeron al posible hartazgo de ser el sueño húmedo y acartonado de miles. Por un instante imaginé su cuerpo frío, frágil, corpulento. Un tótem derrumbado.

Sí, respondí. Pero mentía. Cualquier método para suicidarse me resulta complicadísimo. Ni siquiera sé atar nudos. Además, tengo entendido que al morir sale toda la mierda que llevamos dentro. Lo dije considerando las veces en las que me preguntaba qué pasaría si yo no estuviera en el mundo; quién me extrañaría; qué sería diferente. Nada.

Pausé el lloriqueo para que ella contestara el teléfono e instruyera a un hombre a medicarse. Creí que me repondría los minutos de la llamada. No dijo nada al respecto. Conclusión: *No creo que seas feo o estúpido, Pablo. Sólo debes ser tú mismo. Ya verás cómo las cosas mejoran.* Si quisiera animarme, pensé, iría al circo. Luego sacó de su bolso algo semejante a una chequera. Esperaba escuchar: *toma esto y vete a Borneo.*

Con esa tumultuosa caligrafía médica leí: *pastillas.* Una cada doce horas, otra cada veinticuatro. ¿Es ineludible? ¿Padeceré efectos secundarios? Me imaginé solo frente al

espejo, pálido, una pastilla en la punta de la lengua. Mi rostro, el de un conejo contrahecho que merodea las azucenas; las nomeolvides; la tierra que absorbió dos días de lluvia. No, no era buena idea. Insistí en dialogar. *Pero es mejor tomar pastillas que dialogar.* Quizá me creyó un farsante sin intenciones de recomponerse.

Una vez fuera, caminé con un destino que no me esperaba, ni yo a él. Sentí ganas de llorar y de vomitar y nada ocurría. La calle estaba quieta, los pájaros seguían allí. *Sólo debes ser tú mismo...* Parece obsoleto serlo. Tantas personas dentro de mí y no sé cuál es la que debe salir firme y definitiva.

Particularmente me molestó haber dejado una síntesis de mis pistas, mi suciedad, mis secretos. No hacía otra cosa que dejar rastros de mí por doquier. ¿Y ese era yo, el hombre que corre a través del brillante piso de mármol con los zapatos enlodados? Tal vez mi propia turbulencia me asustó, siendo ella lo único que me sostenía.

Claro, de vez en cuando pienso en regresar por la receta.



Esto es cierto

Diego Alan G. Guagnelli

I
Digan la verdad,
hagan la verdad,
y no la guerra.

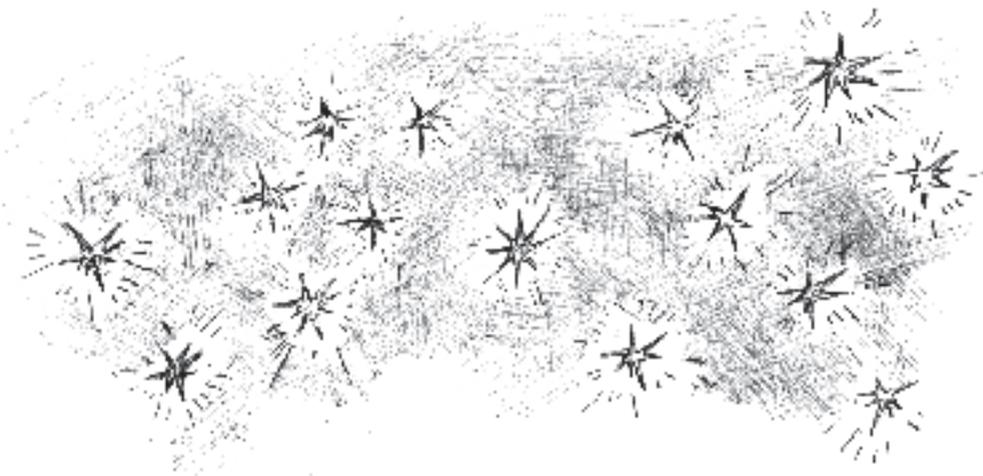
Acepten la verdad,
sientan la verdad,
opten por la verdad,
y mientan por ella.

Nada podría ser tan bello.

II

El viento sube,
el tiempo pasa,
y yo me elevo,
ya no existo,
y nadie llora,
ni siquiera un alma
no la mía,

no la mía.



Pronunciamento

Ricardo E. M. Tatto

I

Entre el silencio de un astro
y el de Dios,
un hombre se pregunta
cómo nombrar al cielo sin desvanecerlo.

II

A veces, en un destello mudo,
se torna azul el cielo.
A veces, en la luz de una palabra,
reverdece una esperanza.
A veces, tras el rumor del pensamiento,
soy origen de mí mismo.

III

A veces, disuelto ya el lenguaje,
no queda más que nombrar
el silencio.

Borges II

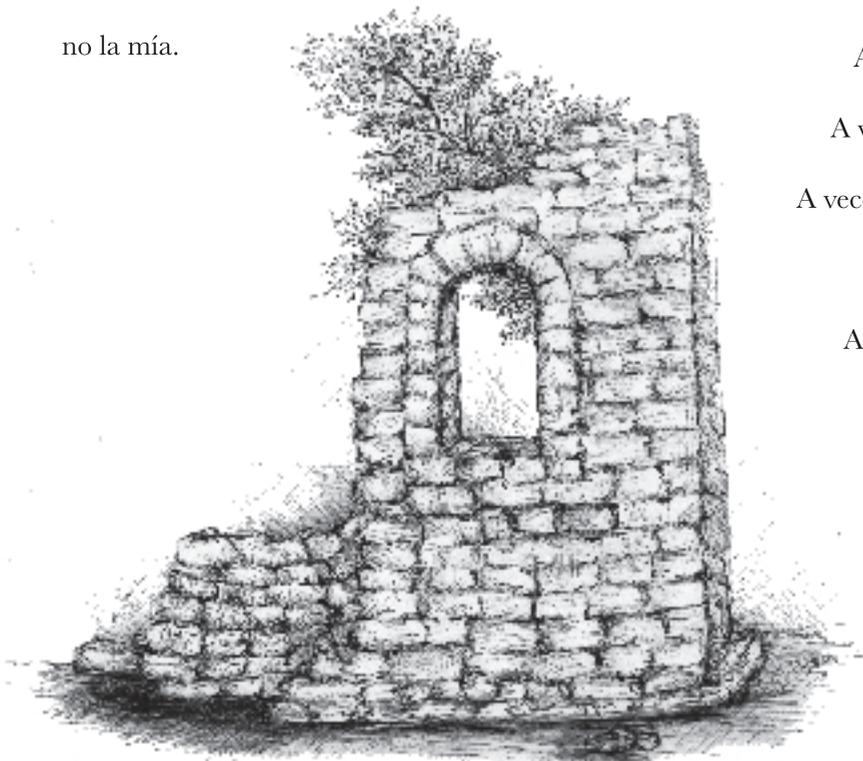
Iván Portela

Te me envuelves en torno a mi presencia
sin poderme escapar de tu infinito
que lo mismo es un círculo inaudito
que el hondo laberinto de tu esencia.

Sereno te me impones en la ausencia
de toda explicación. Eres el mito
y el filósofo claro al que remito
la metáfora azul de mi impaciencia.

Emerges en la red como el anhelo
insaciable y eterno donde al vuelo
entreveo tu andar en mi camino.

Existes en mi voz con tu palabra
en un valle intrincado donde labra
la cifra de tu espejo mi destino.



Hubo tanta destrucción, en tan pocos
días, que la pared, SOSTENIDA en el
reloj, es la única que avanza.

Mónica Zepeda

Impresión de lo plateado

Eulogio Epíphanes

Siempre tengo la impresión
de que hay algo de verde
en lo plateado.
No sé si en sus afilados brillos
o en su habitual paciencia de aluminio,
pero sé que está ahí,
o me queda al menos la sospecha
de que hay siempre en lo plateado
algo de verde.



R
RE
RET
RETO
RETOR
RETORN
RETORNO
O
ENTORNO
NTORNO
TORNO
R
RE ORNO
RET ORNO
RETO NO
RETOR O
RETORN
RETORNO

Fugitivo
Mónica Zepeda

Mira qué inútil tengo ganas de ver nubes que me recuerden los tiempos pinche tren no se puede callar y ahí viene y ahí viene el desgraciado tengo hambre y me quiero comer un chocolate pero el beso qué onda no quiero limpiar la chimenea está muy sucia mi jefa es un cocodrilo no me paga la desgraciada no tengo con qué limpiar la chimenea no tengo chocolate sólo una pinche manzana chocolate no es manzana me duele la mano pero el beso entonces qué venga y me dé un beso soy un diablo ay no qué hueva de nuevo más ruido la sirena de la patrulla me crispa los nervios con ganas de aventarle una maceta a mi jefa en la jeta no tengo perro un pequeño canino pero y el beso chocolate iré por chocolate el chocolate mata a los caninos.

Abraham Miguel

Caminaba por la calle hace un día, o dos, o tres y me acordé de aquel beso inundo con alguien que ni si quiera estimaba, pero una nube me distrajo y pensé: esto es una mierda, no es nada, pero si lo es; un tren debería arrollarme pero quiero comer chocolate amargo un día entero, eso antes de morir, o tener una casa con chimenea; alfombras; animales disecados, un cocodrilo quizá, y la gente preguntaría su costo o procedencia, mientras yo comería manjares tranquilamente; tendría ocupadas las dos manos; tendría esposa e hijos y felicidad aunque ésta fuera el mismísimo diablo todos creerían que soy feliz entonces yo también lo haría, y llegaría a pensar que no se trata de una mujer, si no de una sirena que seduce a marineros y gaviotas y macetas, todo lo que se atraviese por su camino.

Pablo Arriaga

Rasco mi barba como si fuera un anciano recuerdo mi primer beso con esa bella niña bajo una nube negra la tormenta nos arrastra el mar no tiene rieles somos un tren a la deriva mi barba color chocolate amargo tal vez podrido por el marisco que a diario recojo siempre soñé con una chimenea en casa siempre soñé con una casa tal vez cerca de Florida donde los cocodrilos comen niños donde los dinosaurios viven en pantanos pero qué importa el mar en su interior no conoce la gravedad la manzana cae la mano de una ola y su espuma la acarician ella flota naufraga como mi rojo bote oxidado un diablo en medio de Neptuno el demonio del tarot la carta de cambio? seré como Odiseo dónde están las sirenas ni una isla me espera yo espero la tierra como crista en su maceta si crista la corona de cristo yo soy tu seguidor tu fiel camino resguardame de la muerte oh señor mío.

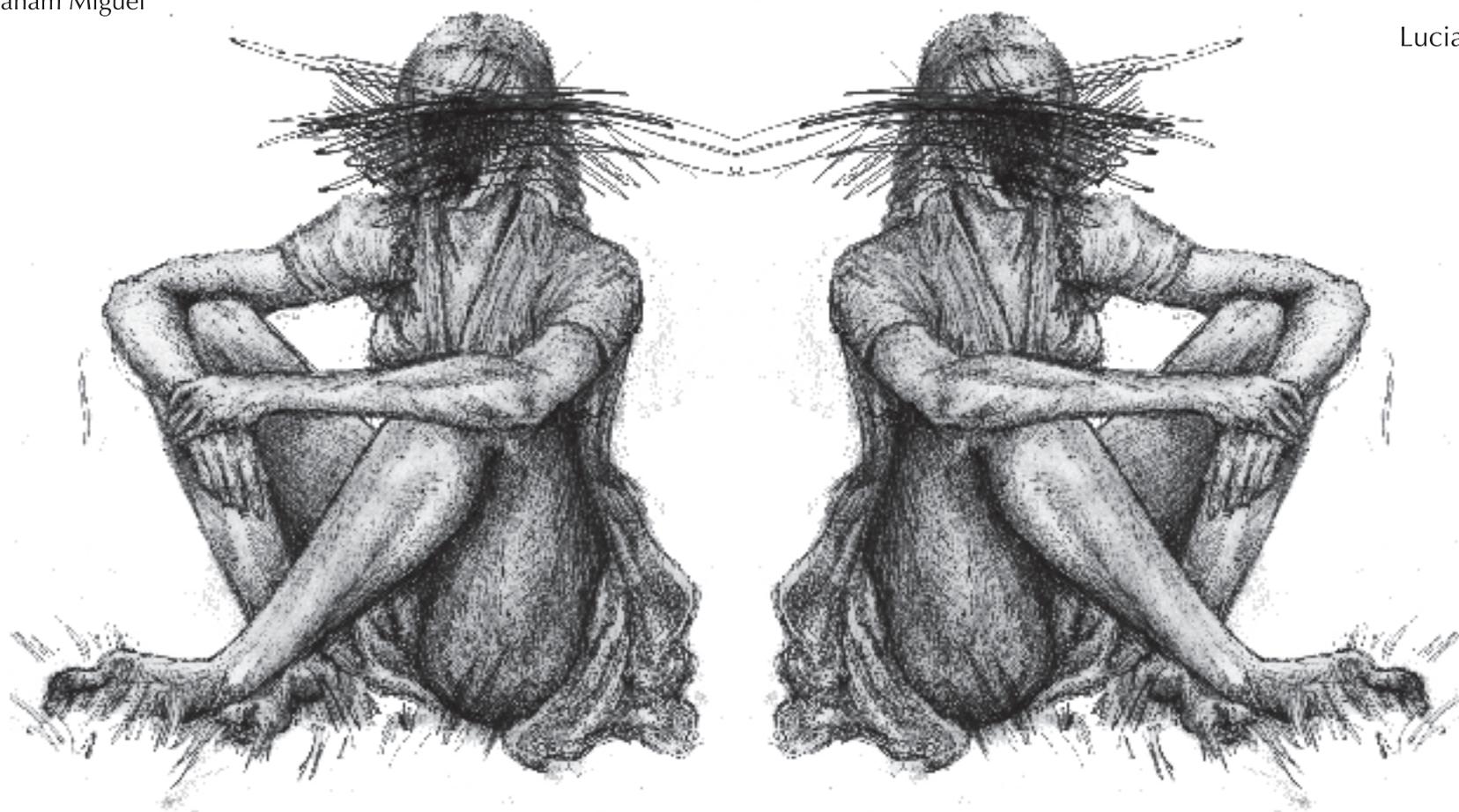
Juan Pablo Tovar

Sueño, hace sueño y se tiene. La vida podría ser un beso: dulce e intensa, si no hubiera nubes hoy, presagiando tormenta, agitación, como en un tren que se desvía de su camino, un tranvía, avanza. A alguien probablemente se le derrama el chocolate dentro del tren, del tranvía, que parece chimenea de tanto humo que deja a su paso. Un cocodrilo en el camino, aliteración, ojalá no muerda, y si come, que sean manzanas para que pueda huir a tiempo. No traigo manzanas. Mi mano se cansa, la veo y se cansa El diablo, no lo llames porque aparece, la tentación, mejor evita los problemas. Hay de sirenas a sirenas, las que no se escuchan, las que mejor se ven porque si no, matan. Quiero una maceta, para mí, para cuidarla y verla, como la de la ventana de enfrente, donde pasa la gente y se asoma un canino fino y muy sofisticado.

Fleur Gauffeny

Muy, muy, muy. Y se siente en la panza un No beso un No abrazo un No nada. Nublado de nubes que el día se nuble y nos vayamos en tren o te vayas conmigo que no oigamos palabras y las que digamos sepan a dulce, qué obvio, a chocolate, con che de cliché, che de chimenea, ch ch ch, de callar, de callarnos, silencio en los labios, mandíbulas de cocodrilo que se cierran y no se abran. Alicia en el País de las maravillas, no sé porqué. Tu aliento a manzana, cafeína, café, el temblor de mis manos. Color rojo diablo, no, salsa diablo. No. No existen. No existimos. No existo y la pregunta quién soy. No sé, ya no sé. Va rápido, yo no. Mar, el mar, la playa y las sirenas. No sé ni qué digo o escribo. Que estuvieras conmigo. Macetas en los pasillos. Asonancia io io io. Camino.

Luciana Mazzotti





La cena

Katia Castillo
Cuarta parte
De confesión



Anfitriona: No sé cuánto podrán estar aquí conmigo, así que... hablaré. (*Bebe.*)

¿Ustedes son felices?

(*Pausa*)

Maté a mi hermana.

Las escritoras se miran desconcertadas.

La asesiné con mi cobardía y mi egoísmo.

Shelley: *I cannot understand you...*

Beauvoir: ¡Shhh!

Anfitriona: Estaba enferma... un tipo de cáncer muy extraño, no tratable... El cáncer es la enfermedad de moda en este siglo.

Duras: No sólo en éste, *enfant.* (*Se sirve un brandy.*)

Lispector se hunde en la silla, observa su piel quemada y su mano inútil.

Anfitriona: No podía con el dolor, con el olor de los hospitales, las jeringas, las sondas y las intravenosas que perforaban los sueños de mi hermana... el dolor era... era...

Lispector: Como un volcán. Apagado. Con la magma *ferviendo* en la arterias de tu corazón y sin *rota* de escape.

Anfitriona: *Sim. Isso.* Así que no la visité más... y luego se murió. (*A Lispector*) Te abandonó tu marido, el accidente y esa putrefacta enfermedad en tus ovarios. ¿Cómo seguiste adelante? (*Lispector baja la cara.*)

Beauvoir: Escribiendo.

Sor Juana: (*abrazando el libro de Frankenstein*) Leyendo, rezando...

Anfiriona: Yo no rezo. Yo... yo canto... y no sé por qué...

Mistral: Cantá. Cantá lo que *sentís*. Alivia el alma, paloma.

Duras: *Chante une chanson triste pour nous.*

Anfitriona: (*inhalando profundamente*) «*Si te dijera amor mío, que temo a la madrugada...*». No... no puedo... (*Mistral le frotta la espalda con cariño*) «*No sé qué estrellas son éstas, que hieren como amenazas. Ni sé que sangra la luna, al filo de su guadaña...*»(*) Y me digo: eres un ser de las cloacas, has bebido... te has bebido los océanos de los ojos de tus amantes... pero los seres como tú no merecen amor.

Lo has buscado en brazos masculinos. Has transpirado con no sabes cuántos sexos... y nada te llena. Los orgasmos son gritos de auxilio y esperanza, que terminan... que terminan...

Y escribes, y es basura. *Garbage!* Que no aporta nada a nadie. Te frustras y sueñas, estúpidamente, que puedes alejarte de ti y escribir algo realmente valioso para la humanidad, algo que le sirva a tus semejantes para luchar. *Pour lutter contre...*

Y no hay nada. Regodeos en ti misma, en tu dolor, en tu prisión.

Y te enamoras cada cuatro minutos del primer imbécil que te topas. Te abrazas a sus muslos tersos sabor vainilla y armiño; no encuentras nada. Y sales de sus habitaciones como si fueses una prostituta. Corrección, eres su puta. Tomas el auto, y vas mil veces más veloz que un huracán. Las

ventanas abiertas, para que el aire frío y turbio pueda limpiar tu suciedad, los líquidos que chorrean entre tus piernas y el arrepentimiento de convertirte en un hoyo para ellos y nada más.

Quisieras volcarte en un barranco, salir volando y estallar en mil pedazos. Y no lo haces, porque hasta para matarte eres *fracasso*.

Sor Juana: (*bajito a Mistral*) ¿Qué es un auto, Gabriela?

Mistral: Te explico luego...

Anfitriona: Quisieras ser libre. Planear por el universo como una golondrina y sanarte, olvidar, perdonarte a ti, y a ella por haber muerto.

Te repugna tu egoísmo, porque su muerte es el reflejo de él. La recuerdas en su aniversario luctuoso —no por ella— sino por ti y tu abominable vanidad.

Le escribes poemas pero realmente no son para ella; son para ti, tu voracidad y tu falta de ética. Tu falta de *imaginaÇão*.

Shelley: *Might be true.* Pero no lo creo.

Anfitriona: (*mirando a Beauvoir*) Y me siento avergonzada frente a ti, porque aunque te he leído, aún quisiera ser salvada por un hombre.

Quiero ser alguien, como ustedes, que trascienda y que sea valiente para escribir cosas que realmente importen. Y como no lo logro, decidí renunciar. No sé cómo ser libre de mí misma. Ya no quiero escribir.

Sor Juana: ¡No os rindáis! Si lo *hacéis*, *moriríais* cómo yo me morí, de tristeza.

Beauvoir: Son siglos y siglos en que las mujeres corremos a los brazos de los hombres, *cherie*. No te humilles en sus camas. No se ama desde la debilidad, si no, todo lo que das y recibes son *misères*. Las escritoras, la gran mayoría, se dedican a su mundo interno, sólo saben escribir de eso, no se separan de su propio dolor y por eso no llegan a crear obras como Dostoievski o Tolstoi. Vacíate en el papel pero olvídate. Olvídate de que eres mujer porque te estorba.

Lispector: ¿Cómo le dices eso? Lo que lleva dentro es de lo que *pode escrever*, su mirada es femenina, su sentir es *feminino*.

Mistral: Lo *é*. Pero hay que ir *má allá*. (*Toma a la anfitriona y la lleva a la ventana*). Observa. Escribe sobre él. Llénalo de ese ahogo y de esa furia, pero transformada en *imágene* que llenen *la palabra*. Tiene *la palabra*. Regresa a *ella*. Aprende a transformar el dolor en sabiduría.

Sor Juana: *Disciplinad* vuestro corazón y *vuestro* sentir en la rima y en el verso. *Perdeos* en los libros. *Aprended* a doblar las enaguas y *cerrad* las piernas; que sólo te *estáis macerando*.

Lispector: Los hombres *jamaís* han sido la respuesta *pra* nosotras. *Não pra nós*. El objetivo de tu vida está *mais alá*, que estar abrazada a *elos*.

Anfitriona: Entonces debo negar a los hombres. Alejarme. No acercarme. Me hacen daño.

Beauvoir: No son ellos, *c'est toi*. Eres tú.

Anfitriona: Necesito el sexo. Así confirmo que estoy con vida. Mi EROS luchando contra mi TÁNATOS. Es mi obsesión y mi adicción.

Duras: *Je suis alcoolique*. No me dices nada nuevo.

Anfitriona: He intentado no necesitar a los hombres.

Me masturbo. Me masturbo mucho.

A veces cuando estoy teniendo un orgasmo lloro y mi tristeza se funde con mi placer.

Lispector: Porque tocas el centro de lo que siente tu ser. Y nadie *mais pode* comprender *isso*.

Duras: Pero tú no estás buscando *seulement le sexe...* tu buscas amor. Por eso la culpa. La culpa nos tiene atadas y la esperanza se muere en las sábanas. (*Bebe*)

Anfitriona: He estado tan ansiosa y desesperada que hasta me compré un *dildo* para ser libre de ellos. Para tomar distancia y parar mi apetito voraz.

Shelley: *Dildo?* ¿Qué es eso?

Anfitriona: Un pene artificial. Es para la liberación sexual femenina.

Shelley: *What? Is that possible?*

Anfitriona: Voy por él. (*Sale.*)

(*Las escritoras se reúnen.*)

Shelley: Tenemos que ayudarla... *An artificial penis? Is she insane?*

Lispector: *Eu não sei como.*

Beauvoir: Debe parar ese pisoteo emocional y esa ansiedad sexual. La van a hacer pedazos allá afuera. El mundo...

Duras: ...abre la mandíbula y te traga completa.

Sor Juana: ¡Más *turbada* que antes, estoy! ¿Qué es ese... ese...? ¿Cómo lo *llamáis*?

Mistral: *Dildo*. Te explico luego... Ese asunto queda en segundo plano. Lo realmente preocupante *e* que abandone *la escritura*.

Duras: Es su decisión.

Shelley: Pero... y si encuentra un hombre bueno, uno que la ame verdaderamente.

Lispector: No todas corren con tu misma *sorte*, Mary. Hay muy pocos *Percies* o *Sartres*.

Shelley: El amor es fuerza renovadora.

Duras: Y destructora.

Beauvoir: Aunque conociese a un hombre inteligente, todo se *couler*, porque ella no se ha encontrado a sí misma... está extraviada... y estar extraviado permite toda clase de abusos.

Mistral: *Eta cabrilla* *eté* muy sola, por eso *eté* así, por eso *etamo* aquí. *No* llamó *dede* su interior. *Debemo* darle inteligencia y hacerle ver la *lu* para que vuelva a tomar la pluma. Devolverle la confianza.

Lispector: Aunque le des una *estrela* no la mirará... la mirada está adentro... *asim* son los depresivos... *Assim somos*.

Sor Juana: No *he de regresar* a mi tumba, hasta que resolvamos esto, y sepa qué es un auto, un *dildo* y ella mejore.

Duras: *De tous façons*, al final, será su decisión *Joanne*.

Próximamente

Junio

Casa Lamm

Junio y Agosto

La Capilla

2014

Centro Cultural
Helénico

La cena se estrenó el 12 de mayo en el foro del Dinosaurio, Museo Universitario del Chopo, UNAM, para el FEMSTIVAL 2013